

ANIMALES DE COMPAÑÍA

Caridad y capitalismo

IDEALES

XI semanal

JUAN MANUEL DE PRADA

Domingo, 8 agosto 2021

Leo en estos días un deslumbrante ensayo del teólogo metodista Daniel M. Bell, titulado *La economía del deseo* (Editorial Nuevo Inicio), donde se nos explica la radical incompatibilidad entre el capitalismo y el cristianismo. Entre las muchas facetas con que Bell muestra dicha incompatibilidad, resulta muy interesante la contraposición que establece entre la caridad cristiana y los dos sucedáneos permitidos por el capitalismo, la filantropía privada y la asistencia social promovida desde los Estados. La filantropía privada no plantea crítica alguna al capitalismo, pues opera «fuera del mercado», dedicándose más bien a limpiar sus trapos sucios y a adormecer la adopción de soluciones morales fundamentales. Y lo hace, además, creando la falsa impresión de que los problemas están siendo afrontados. La filantropía se convierte así en piedra angular de la organización capitalista, ‘blanqueando’ el afán de lucro del donante. No en vano los mayores plutócratas –desde George Soros a Jeff Bezos, pasando por Bill Gates– se enorgullecen de ser los más activos filántropos; pues saben que nadie les planteará preguntas incómodas acerca de la justicia de sus donaciones, ni tampoco sobre las intenciones por las que ‘invierten’ dinero en los necesitados. Además, como a nadie se le escapa, el filántropo se implica en tales prácticas de forma hipócrita, es decir, no por un compromiso genuino con el bien común, sino por propiciar las condiciones que favorecen su negocio, o simplemente por mejorar su imagen pública (lo que redundaría en su beneficio económico).

El neoliberalismo capitalista no se opone a la asistencia social, siempre que no interfiera con el mercado

También la asistencia social promovida por los gobiernos deja intacto el capitalismo, al atender a las víctimas de los fallos del mercado sin abordar las causas de dichos fallos. Además, se dispensa de un modo impersonal y burocrático a individuos o grupos desconectados entre sí, minimizando o eliminando totalmente cualquier tipo de compromiso mutuo y duradero, característico de una verdadera comunidad. Y socava el sentido de responsabilidad comunitaria, contribuyendo al marchitamiento de los lazos vecinales. Como el gobierno provee a través de los impuestos, la sociedad considera que ya nada la obliga a preocuparse por el prójimo. El Estado, a la postre, se convierte en una herramienta crucial para ayudar al capitalismo frente a la emergencia de relaciones naturales de cooperación que se socavan los presupuestos del homo economicus. De ahí que el neoliberalismo capitalista no se oponga a la asistencia social, siempre que no interfiera con el mercado. En contraste, la caridad cristiana es un justo ordenamiento de la vida pública y comunitaria de acuerdo con el destino universal de los bienes materiales. No es un acto privado al estilo de la filantropía, sino que abarca un elenco de instituciones y prácticas que implican a la sociedad entera – desde las órdenes religiosas a los gremios profesionales, pasando por las familias–,

provocando una implicación social que hace mella en el capitalismo. No se preocupa solamente de la redistribución de la riqueza, sino que –cuando la Iglesia no ha sido domesticada y convertida en un mero ‘capataz’ al servicio de la asistencia social– se preocupa también de la producción, generando una auténtica ‘economía civil’ cristiana. De ahí que el capitalismo señalase desde sus orígenes (no hay más que leer a Adam Smith) la caridad cristiana como enemiga principal de la sociedad que deseaba modelar. Pues, no en vano, las obras de misericordia no sólo se preocupan de prácticas redistributivas como la limosna, sino que propician el nacimiento de cofradías, asociaciones y gremios que se interesan por asuntos como los salarios o los precios justos, los límites de la productividad o la usura. Sólo cuando la Iglesia acepta los cambios introducidos por el capitalismo –que separa la economía de la virtud y reduce la justicia a un intercambio voluntario– empiezan las obras de misericordia a asemejarse a una mera filantropía redistributiva.

Además, la caridad cristiana no se agota en las obras de misericordia corporales, sino que se manifiesta también en obras espirituales –enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, etcétera– que interpelan a quienes influyen en la organización del sistema económico. Allá donde las obras de misericordia se practican como una expresión de la economía cristiana, inevitablemente se pone en cuestión el sistema económico que provoca las situaciones de injusticia que las obras de misericordia afrontan. La caridad, en fin, reúne a todos en una comunión fundada en el ágape cristiano, e implica una crítica sistémica que la filantropía y la asistencia social eluden.

Sarah: los obispos deben ser guardianes de la tradición, no «comisarios de la ideología del momento»

La credibilidad de la Iglesia se juega en su continuidad, afirma el cardenal guineano

REL

16-08-2021

Desde que en febrero le fue aceptada la renuncia por edad como prefecto de la Congregación para el Culto Divino, el cardenal **Robert Sarah** no ha dejado de estar presente en la arena pública. El purpurado guineano, de 76 años, es una de las personalidades más relevantes de la Iglesia actual y sus palabras buscan ofrecer orientación en medio de la que él mismo define como "decadencia" del pensamiento occidental, del que se ha apoderado "la duda".

Ante esa duda, "algunos miran a la Iglesia católica" y le piden "que dé una razón para vivir juntos" y un "suplemento de alma para hacer soportable la fría dureza de la sociedad de consumo", pero ¿sigue la Iglesia "teniendo aún hoy en día **los medios y la voluntad**" para ser "**guardián y guía de la civilización**"?

En un reciente artículo en *Le Figaro*, Sarah recuerda la importancia de lo sagrado para la sociedad, porque sin lo sagrado quedan abolidos "los límites protectores" y "los vínculos se vuelven frágiles e inconstantes". Pero la Iglesia no tiene otra realidad sagrada que ofrecer que "su fe en Jesús", por lo que "**debe dejar de pensar en sí**

misma como algo suplementario al humanismo o a la ecología". "Lo sagrado para la Iglesia es, pues, la cadena ininterrumpida que la une con certeza a Jesús", y **sin esa "continuidad radical" pierde toda "credibilidad"**. Inmediatamente, el cardenal Sarah introduce la cuestión de la continuidad litúrgica, lo que enlaza sus palabras, aun sin nombrarlo, con el motu proprio *Traditionis Custodes* del pasado 16 de julio: "Más allá de la querrela de ritos, está en juego la credibilidad de la Iglesia. Si ella afirma la continuidad entre lo que comúnmente se llama la Misa de **San Pío V** y la Misa de **Pablo VI**, entonces la Iglesia debe ser capaz de organizar su cohabitación pacífica y su enriquecimiento mutuo. Si se excluyera radicalmente una en favor de la otra, si se declararan irreconciliables, se reconocería implícitamente **una ruptura y un cambio de orientación**".

Ofrecemos a continuación el texto completo del cardenal Sarah, traducido por **Jorge Soley Climent** para ***Infocatólica***.

¡Nadie está de más en la Iglesia de Dios!

La duda se ha apoderado del **pensamiento occidental**. Tanto los intelectuales como los políticos ofrecen la misma impresión de **decadencia**. Ante la ruptura de la solidaridad y la desintegración de las identidades, algunos miran hacia la Iglesia católica. Le piden que dé **una razón de vivir juntos** a individuos que han olvidado lo que les une como un solo pueblo. Le piden un suplemento de alma para hacer soportable la fría dureza de la sociedad de consumo. Cuando un sacerdote es asesinado, todo el mundo se ve afectado y muchos se sienten golpeados en lo más profundo.

Pero, ¿es la Iglesia capaz de responder a estas apelaciones? Es cierto que ya ha desempeñado este papel de guardián y guía de la civilización. En el ocaso del Imperio Romano, fue capaz de transmitir la llama que los bárbaros amenazaban con extinguir.

Pero, ¿sigue teniendo aún hoy en día los medios y la voluntad para hacerlo?

En el fundamento de una civilización, sólo puede haber una realidad que la supere: una invariante sagrada. **Malraux** lo señaló con realismo: "La naturaleza de una civilización es lo que se construye alrededor de una religión. Nuestra civilización es incapaz de construir un templo o una tumba. Se verá obligada a reencontrar su valor fundamental o se descompondrá". **Sin un fundamento sagrado, los límites protectores e infranqueables quedan abolidos**. Un mundo completamente profano se convierte en una vasta extensión de arenas movedizas. Todo está tristemente abierto a los vientos de la arbitrariedad. Sin la estabilidad de un fundamento que supera al hombre, la paz y la alegría -signos de una civilización destinada a durar- son constantemente engullidas por el sentimiento de precariedad. La angustia del peligro inminente es la marca de los tiempos bárbaros. Sin fundamento sagrado, todos **los vínculos se vuelven frágiles e inconstantes**.

Algunos piden a la Iglesia católica que desempeñe este papel de fundamento sólido. Les gustaría que asumiera esta función social: ser un sistema coherente de valores, una matriz cultural y estética. Pero **la Iglesia no tiene otra realidad sagrada que ofrecer que su fe en Jesús**, Dios hecho hombre. Su única finalidad es hacer posible el encuentro de los hombres con la persona de Jesús. La enseñanza moral y dogmática,

así como la herencia mística y litúrgica, son el marco y el medio para este encuentro fundamental y sagrado. De este encuentro nace la civilización cristiana. La belleza y la cultura son sus frutos. Por eso, para responder a las expectativas del mundo, la Iglesia debe reencontrarse a sí misma y hacer suyas las palabras de **San Pablo**: "No quise saber nada entre vosotros, sino a Jesús y a Jesús crucificado". **Debe dejar de pensar en sí misma como algo suplementario al humanismo o a la ecología**. Estas realidades, aunque buenas y justas, son para ella sólo consecuencias de su único tesoro: la fe en Jesucristo.

Lo sagrado para la Iglesia es, pues, la cadena ininterrumpida que la une con certeza a Jesús. Una cadena de fe sin ruptura ni contradicción, una cadena de oración y liturgia sin ruptura ni negación. **Sin esta continuidad radical, ¿qué credibilidad podría seguir teniendo la Iglesia?** En la Iglesia no hay cambios de opinión, sino un desarrollo orgánico y continuo que llamamos tradición viva. Lo sagrado no se puede decretar, se recibe de Dios y se transmite.

Por eso, sin duda, **Benedicto XVI** pudo afirmar con autoridad: "En la historia de la Liturgia hay crecimiento y progreso pero ninguna ruptura. Lo que para las generaciones anteriores era sagrado, también para nosotros permanece sagrado y grande y no puede ser improvisamente totalmente prohibido o incluso perjudicial. Nos hace bien a todos conservar las riquezas que han crecido en la fe y en la oración de la Iglesia y de darles el justo puesto". En un momento en que **algunos teólogos pretenden reabrir la guerra litúrgica enfrentando el misal revisado por el Concilio de Trento con el que se utiliza desde 1970**, es urgente recordarlo. Si la Iglesia no es capaz de preservar la continuidad pacífica de su vínculo con Cristo, no podrá ofrecer al mundo "lo sagrado que une a las almas", en palabras de **Goethe**.

Más allá de la querrela de ritos, está en juego la credibilidad de la Iglesia. Si ella afirma la continuidad entre lo que comúnmente se llama la Misa de **San Pío V** y la Misa de **Pablo VI**, entonces la Iglesia debe ser capaz de organizar su cohabitación pacífica y su enriquecimiento mutuo. Si se excluyera radicalmente una en favor de la otra, si se declararan irreconciliables, se reconocería implícitamente una ruptura y un cambio de orientación. Pero entonces la Iglesia ya no podría ofrecer al mundo esa continuidad sagrada que es la única que puede darle la paz. **Al mantener en su seno una guerra litúrgica, la Iglesia pierde su credibilidad y se vuelve sorda a las llamadas de los hombres**. La paz litúrgica es el signo de la paz que la Iglesia puede aportar al mundo. Por tanto, lo que está en juego es mucho más grave que una simple cuestión de disciplina. Si reclamara un viraje de su fe o de su liturgia, ¿en nombre de qué se atrevería la Iglesia a dirigirse al mundo? **Su única legitimidad es su coherencia en la continuidad**. Aún más, si los obispos, responsables de la cohabitación y del enriquecimiento mutuo de las dos formas litúrgicas, no ejercen su autoridad en este sentido, corren el riesgo de no aparecer ya como pastores, guardianes de la fe recibida y de las ovejas que les han sido confiadas, sino como dirigentes políticos: **comisarios de la ideología del momento más que guardianes de la tradición perenne**. Se arriesgan a perder la confianza de los hombres de buena voluntad. Un padre no puede introducir entre sus hijos fieles la desconfianza y la división. No puede humillar a unos poniéndolos en contra de otros. **No puede condenar al ostracismo a algunos de sus**

sacerdotes. La paz y la unidad que la Iglesia pretende ofrecer al mundo deben ser vividas en primer lugar en su interior. En materia litúrgica, ni la violencia pastoral ni la ideología partidista han dado nunca frutos de unidad. El sufrimiento de los fieles y las expectativas del mundo son demasiado grandes para meterse en estos caminos sin salida. ¡Nadie está de más en la Iglesia de Dios!

«El Evangelio es sólo uno, el que San Pablo ha anunciado», afirma el Papa retomando las audiencias

ReL

04-08-2021

En el mes de julio el Papa Francisco no celebró las habituales audiencias públicas con catequesis de cada miércoles, pero las ha retomado a partir de este 4 de agosto y lo ha hecho en el Aula Pablo VI con una **catequesis sobre la carta de San Pablo a los Gálatas**. Francisco ha recordado que **San Pablo era un hombre “entusiasta” con la misión de evangelizar**. “Parece que no ve otra cosa que esta misión que el Señor le ha encomendado. Todo en él está dedicado a este anuncio, y no posee otro interés que no sea el Evangelio”, señala el Pontífice. **“El amor, el interés y el trabajo de Pablo es anunciar”**, hacer conocer el mensaje de Cristo y el Evangelio. “Pablo no piensa en los “cuatro evangelios”, como es espontáneo para nosotros. De hecho, **mientras está enviando esta Carta, ninguno de los cuatro evangelios ha sido escrito todavía**”, comenta Francisco. *[Efectivamente, la Carta a los Gálatas se escribió entre el año 50 y el 56 d.C., mientras que el evangelio de Marcos, el más antiguo, probablemente es del año 65 o algo posterior].*

Cuando Pablo habla de que él predica el Evangelio **se refiere, dice el Papa, "al kerygma, el anuncio de la muerte y resurrección de Jesús** como fuente de la salvación". Un Evangelio que se expresa con cuatro verbos: «que Cristo **murió** por nuestros pecados, según las Escrituras; que **fue sepultado y que resucitó** al tercer día, según las Escrituras; **que se apareció** a Cefas: “Este es el anuncio de Pablo, el anuncio que nos da vida a todos” agrega el Papa. Pablo está preocupado porque los gálatas, cristianos noveles, parecen abiertos a escuchar a predicadores de "otro evangelio". **“Todavía son principiantes** y su desorientación es comprensible”, dice el Papa Francisco. **“No conocen todavía la complejidad de la Ley mosaica** y el entusiasmo en el abrazar la fe en Cristo les empuja a escuchar a los nuevos predicadores”. Ante esto, Francisco proclama con fuerza: **“el Evangelio es solo uno y es el que Pablo ha anunciado; no puede existir otro”**.

Hoy, como en el siglo primero, “o recibes el Evangelio tal como es, tal como ha sido proclamado, o recibes cualquier otra cosa” dice el Papa, “pero no se puede negociar con el Evangelio, no se puede transigir, **la fe en Jesús no es moneda de cambio: es salvación, es encuentro, es redención. No se vende barato**”. Los gálatas, distraídos por otros predicadores, incluso empezaron a sospechar que San Pablo era "poco ortodoxo con respecto a la tradición". Pero **la novedad del Evangelio, dice el Papa Francisco, "es una novedad radical, no es una novedad pasajera: no hay**

evangelios "de moda". En todas las épocas los cristianos han de evitar el "laberinto de las buenas intenciones", dijo el Papa. Y puso el ejemplo de movimientos que no anuncian el Evangelio completo. **"Vemos hoy algunos movimientos que predicán el Evangelio a su manera, a veces con sus verdaderos carismas; pero luego exageran y reducen todo el Evangelio al "movimiento"**. Y esto no es el Evangelio de Cristo: es el evangelio del fundador, de la fundadora", advirtió.

Saludos en español

Al final de la audiencia, el Papa proclamó saludos en varios idiomas. En español dijo: Queridos hermanos y hermanas: Este pasaje de la Carta a los Gálatas nos descubre que san Pablo entiende su vida como una llamada a evangelizar, misión a la que se dedica con todas sus fuerzas. Para el Apóstol el Evangelio es **el Kerygma, es decir, el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo**, misterio pascual en el que Dios cumple sus promesas a Israel y ofrece la salvación a todos los hombres. Acogiendo el Evangelio nos reconciamos con Dios nuestro Padre, nos convertimos en hijos suyos y herederos de la vida eterna. Por eso, cuando Pablo ve que la comunidad de los Gálatas corre **el peligro de dar oídos a falsos predicadores y desviarse del camino** de la fe, los invita a permanecer fieles al único Evangelio, que no es observancia de la ley, sino **configuración con la Persona de Jesucristo, que nos libra de la muerte y del pecado**. Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Pidamos al Señor que nos conceda la gracia de perseverar en el seguimiento del Señor Jesús, para que nuestra vida sea, a los ojos de nuestros hermanos y hermanas, un testimonio gozoso del amor de Dios por toda la humanidad. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Otra teoría de género

REL

Juan Manuel de Prada

08-08-2021

Desde la noche de los tiempos, los seres humanos hemos querido salirnos de la casilla que la naturaleza nos ha adjudicado, anticipando el destino glorioso que nos ha sido prometido. Hay en la naturaleza humana **una nostalgia de divinidad, un ansia de una existencia eterna** y 'transhumanada'; de ahí que los seres humanos, a la vez que nos 'autoafirmamos' (a la vez que reforzamos la conciencia de lo que somos), deseemos ser algo más. Tenemos el anhelo de abandonar la casilla que la naturaleza nos ha adjudicado, queremos 'salir' de nosotros mismos, rebasando los límites dentro de los cuales hemos sido confinados.

En algunos casos, este deseo de trascendencia que nos invade se refuerza con el deseo de **escapar al dolor (físico o moral)** que nos aflige, convirtiéndose en una vía de escape a través de la que sublimamos nuestros sufrimientos. Pero, en muchos otros casos, el deseo de trascendencia puede existir sin que concurren padecimientos físicos o psíquicos. También las personas sanas y afortunadas sienten el anhelo de ir más allá

de sí mismas, sienten un profundo disgusto hacia su propia personalidad, sienten una ardiente ansia de liberarse de esa insatisfactoria identidad que perciben como una jaula (aunque se trate de una jaula dorada, aunque dentro de ella disfruten de perfecta salud y de todo tipo de dichas). Cualquier hombre o mujer, tanto el ser más feliz como el más desgraciado, puede sentir, repentina o paulatinamente, este **'desacuerdo' con su propio ser**. Y esta conciencia de 'desacuerdo' puede engendrar un agónico y perentorio deseo de abandonar la cárcel del yo, para volar libre de ataduras.

Ser lo que somos es, en efecto, muy fatigoso; y es natural que estemos ansiosos por desbordar nuestras limitaciones. Esta conciencia afligida de la condena que constituye nuestra vida cotidiana nos la brinda nuestra **naturaleza caída**. Y es una pesadumbre que sentimos todos los seres humanos, con mayor o menor intensidad según el grado de conciencia que tengamos de lo que somos. Si sentimos el impulso de salir de la casilla que la naturaleza nos asignó es porque sabemos quiénes somos realmente; porque íntimamente conocemos (aunque no sepamos formularlo) el fin último, el propósito y meta de nuestra existencia, que no es otro sino **fundirnos con el fundamento de nuestra vida**, de tal manera que ese fundamento inunde nuestra conciencia, como le ocurre a **San Pablo** cuando escribe a los gálatas: «Estoy crucificado con **Cristo** y, sin embargo, vivo: mas no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí».

Cuando logramos trascender nuestro yo caduco, nuestro yo eterno es libre de hacer efectiva esa fusión. Aunque todavía atrapados en un cuerpo perecedero, sabemos que formamos parte de lo eterno. En algunos seres privilegiados, esta fusión puede llegar a ser plena en esta vida, mediante la **unión mística**. El común de los mortales, en cambio, tenemos que conformarnos con morir para que esa fusión se produzca; y, entretanto, mientras dura esta vida, sólo podemos preparar el camino ascendente hacia esa liberación, predisponiéndonos a recibir la gracia que nos ayuda a olvidarnos de la honda insatisfacción de ser caducos y 'sentirnos' eternos. **A preparar este camino de liberación se dedica la religión**, que torcidamente asimilada puede convertirse también en un obstáculo, degenerando en un 'activismo' desnortado, o bien en fantasías y visiones autoinducidas.

Pero ¿qué ocurre en aquellas sociedades y fases de la Historia en que la religión no acompaña nuestro apasionado deseo de sobrepasar los límites de nuestro yo caduco y prisionero? Entonces el camino hacia la liberación deja de ser ascendente. Y el ansia humana de trascender la casilla que la naturaleza le ha asignado se convierte en una **evasión hacia abajo** (mediante sustitutos groseros de la gracia, como el alcohol o las drogas), hacia un estadio de animalidad y desvarío mental; o bien se desplaza horizontalmente en **algo más vasto que el yo, pero no más alto ni esencialmente otro**, tratando de abarcar bulímicamente experiencias humanas diversas. Entre estos desplazamientos horizontales se hallan las llamadas **teorías de género**, que prometen a los seres humanos salirse de sus casillas, con tan sólo 'sentir' que son otro. Inevitablemente, estos sustitutos del camino ascendente, estos sucedáneos grotescos de la gracia, son insatisfactorios en el mejor de los casos y casi siempre desastrosos,

porque **lejos de apaciguar el disgusto humano no hacen sino agigantarlo, hasta convertirlo en desdicha irrevocable.** *Publicado en XL Semanal.*